

DR. RAMSEY—PABLO VI

POR ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA

UN ENCUENTRO HISTORICO

Si Enrique VIII hubiese sido menos religioso, hoy Inglaterra sería católica, según aseguraba hace treinta años un historiador anglosajón.

Si el pueblo alemán hubiera sentido menos vivamente su afán cristiano, el protestantismo no sería actualmente la religión de la cuarta parte del mundo que sigue a Cristo, afirmó un Santo: San Clemente M.^o Hofbauer (según refieren los teólogos católicos Karl Adam y Konrad Almerissen).

¿Por qué, entonces, no hemos sabido —por una y otra parte de la cristiandad— enfocar más serenamente nuestra historia?

Porque —como dice un pensador católico— «se ha llegado... a afirmar que la cristiandad que nosotros conocemos, es decir, la occidental, ha hecho uso de la violencia más que ninguna otra religión, y uno se siente incapaz de rechazar sin más esta afirmación». (Mundo y persona: R. Guardini). El antagonismo ha sido desgraciadamente muchas veces el fruto real de la acción religiosa de los cristianos, cuando todo hombre de buena fe piensa —con razón— que debía haber sido al revés.

El hombre es un ser contradictorio: el amor le lleva frecuentemente a la incompreensión, y le hace exclusivista. Si uno ama una cosa o una persona, y no sabe equilibrar su psiquismo, termina por incomprender a quienes están fuera de su órbita, y se vuelve enemigo de ellos.

Los «integrismos» católicos, y no-católicos, han abocado siempre a este callejón sin salida, que es lo que más ha perjudicado a la religión cristiana. A veces sus seguidores han dado un *contra-testimonio* de intolerancia, falta de comprensión y ausencia de auténtico amor, tan fuerte y tan negativo que, en muchos hombres de buena voluntad, ha producido la repulsa más decidida, y han llegado incluso a hacerse ateos.

A la vista de estos cuatro siglos de separación cristiana occidental no podemos por menos de caer hoy en la cuenta de este triste balance.

Y por eso algunos están dando marcha atrás a pasos forzados.

Ahí está el Papa Pablo VI para demostrarlo, a pesar de las timideces jurídicas que todavía imperan en la Curia romana, como lo demuestra la disposición promulgada sobre los matrimonios mixtos, en vista de este encuentro. Una revista protestante francesa, *Réforme*, acaba de decir con tristeza que con ella sólo se vislumbra «una ligera esperanza».

La única verdad que podemos comprender claramente es que el matrimonio de religión mixta crea evidentes conflictos en la mayoría de los casos. Y los anglicanos han sido muy sensibles a ello, y a la actitud restrictiva de la Iglesia católica.

Siempre lo mismo: la religión, que debería aunar y fomentar la comprensión, es elemento disgregador por causa de los hombres, que confían más en sus soluciones jurídicas de grupo, que en la fuerza misma del amor.

El Dr. Ramsey —el primado anglicano— acaba, sin embargo, de hacer un acto de buena voluntad y comprensión; lo mismo que el primado de Occidente —el Papa Pablo VI— lo ha realizado en su cariñosa acogida al jefe espiritual del grupo cristiano separado más numeroso que existe.

El Pontífice romano —en esa inclinación personal que tiene por los actos simbólicos— le entregó al Obispo inglés, como muestra especial de consideración, su propio anillo. Ese anillo que significaba antiguamente la unión de un dirigente espiritual con su Iglesia (según los más viejos textos eclesiásticos), es el que ha sido entregado por Pablo VI a su colega episcopal. ¿Qué querrá esto decir? ¿Que no se ha roto la unión espiritual entre cristianos, puesto que el vínculo del anillo se intercambia de uno a otro dirigente, a pesar de la desunión externa que ha existido hasta ahora?

leyendo ese gesto me acordaba de las reticencias que produjo en la Sede romana un acto semejante del Cardenal Arzobispo de Malinas, Monseñor Mercier, hace cuarenta años nada más, cuando legó su anillo pastoral al representante de los anglicanos, Lord Halifax, en aquellas célebres conversaciones ecuménicas que fueron las precursoras de las actuales, y que yo he recordado otras veces.

Los «avanzados» de una época histórica, resultan así ser los profetas de la realidad futura. ¿Quién hubiese dicho a los rígidos dirigentes de la Curia romana de entonces, que hoy, el propio Papa haría lo mismo que entonces escandalizó a aquellos jerarcas?

Es práctico olvidar lo que queda atrás —como piden ambos dirigentes religiosos en su declaración conjunta— si es para evitar echarnos en cara unos a otros las culpas de la separación. Pero es útil hacer un sin-

ceros examen de conciencia, para evitar que la historia deje de ser nuestra maestra del futuro. No podemos ingenuamente olvidar las culpas propias: hemos de admitirlas para que no vuelvan a repetirse. Si no, mañana todo podrá volver a empezar, por olvido de los graves males que la desunión ha traído.

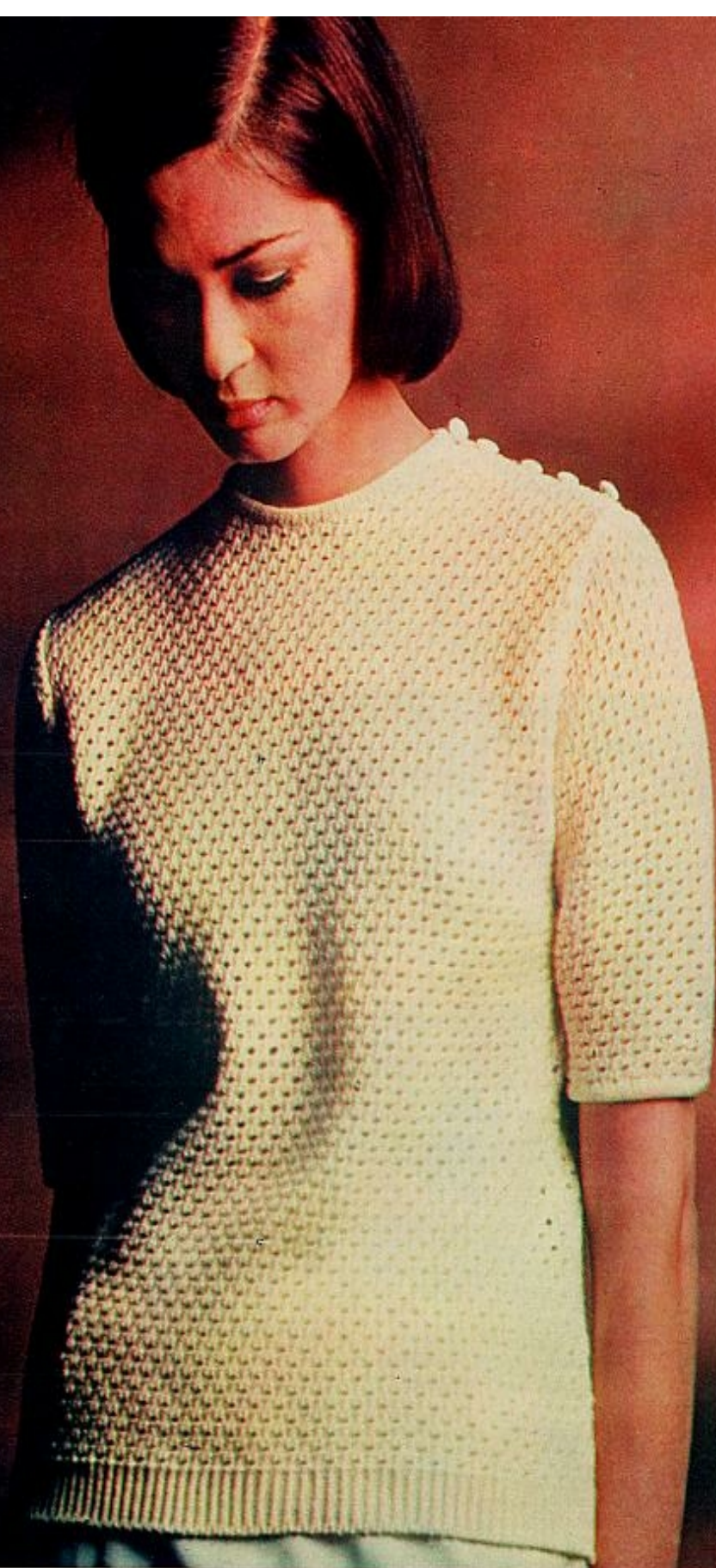
Si Enrique VIII hubiera carecido de verdadera preocupación religiosa —recuerden todos que fue nombrado *Defensor de la Fe* por el Papa a causa de su saber teológico— al primer conflicto matrimonial que tuvo, se hubiera limitado a vivir de espaldas a los preceptos del cristianismo, como entonces, y ahora, hacen muchos que se llaman cristianos. Pero quiso legalizar su situación canónica; y ese empeño tenaz le llevó a separarse de Roma, cuando no obtenía solución jurídico-eclesiástica a su caso. Hoy resulta fácil achacar todo ello a desobediencia; pero entonces no estaba tan clara como hoy la jurisdicción del Papa, y la autoridad de los Obispos locales en estas cuestiones. La prueba está que muchas veces eran éstos quienes resolvían los conflictos matrimoniales, sin apelación a la Santa Sede. Por eso los historiadores católicos harían bien en considerar con más cuidado e imparcialidad este hecho chocante que fue el germen de la separación del cristianismo inglés.

Otro caso, que creó una división casi insalvable, fue la decisión de León XIII dictaminando que los pastores anglicanos no eran verdaderos sacerdotes, y tenían que volverse a ordenar. Aquello, que parecía tan claro y definitivo en el siglo XIX, ¿no podría ser hoy revisado? ¿Fue aquélla —en el sentido católico— una determinación infalible? Yo creo que no; y, por tanto, cabe una reconsideración, a la luz de las nuevas corrientes teológicas sobre lo que es el sacrificio de la Misa, y de la historia de la separación religiosa del siglo XVI.

Barreras que parecían insuperables podrían ser hoy re-estudiadas y quizá salvadas: por eso se ha creado una comisión doble de expertos católicos y anglicanos que oficialmente estudien todas estas cuestiones, y otras varias que nos separan.

PERO algunos se preguntarán, ¿Qué es el cristianismo inglés, el llamado *anglicanismo*? Porque, a juzgar por los hechos relatados más arriba no parece, sino una querrela de minucias entre vecinos.

La historia nos aclara algo que no suele ser conocido del lector: que el rey Enrique VIII se opuso terminantemente a la Reforma co-



JGP - 8-65 C

Lávelo cuantas veces quiera

Sin temor alguno, usted puede lavar su jersey de Dralon una y otra vez, sin cuidados especiales; verá que seca más rápido y nunca se tupe ni afiel-

tra. Su jersey de Dralon conservará siempre su delicada apariencia de nuevo. Dralon es superior a todo lo que tenía hasta ahora como inmejorable.

dralon®

Compruebe que su prenda lleve cosida la etiqueta Dralon, símbolo de calidad.

UN ENCUENTRO HISTORICO

menzada en el siglo XVI por Lutero en Alemania. Aunque nunca pasó por su imaginación una auténtica separación de Roma, sí se opuso a la centralización querida por la Ciudad Eterna, y esto lo hizo por seguir una costumbre que casi era ley en su país: «la supremacía del rey sobre todos sus súbditos —clero y laicado—, y en todos los asuntos», (Dr. A. Williams, Obispo anglicano de Winchester). Pero «ni Enrique, ni sus súbditos soñaron jamás en que se estableciese una nueva Iglesia»; lo que el rey hizo por el Acta de supremacía no era sino «volver a lo que siempre había sido antes en la antigua Iglesia inglesa, en cuanto a clero, ritos y rentas» (idem).

Si la primera ruptura matrimonial fue el primer paso hacia la cadena de separaciones que esmaltó la vida de Enrique VIII, de la misma manera, este afirmarse en una concepción demasiado localista de la Iglesia, en una época de pleno proceso de apertura, como supuso la Edad Moderna, supuso también iniciar la pendiente hacia la separación total, sancionada por Isabel de Inglaterra pocos años después.

Y cosa digna de atención: el centro de la ideología anglicana resulta ser el *Libro de la Oración Común*: allí están los artículos principales de la fe, y los ritos litúrgicos obligatorios. Y es significativo que —a diferencia de Lutero que estableció un *Catecismo* popular, o de Calvino que escribió un tratado teológico sobre la *Institución cristiana*— la reforma inglesa tuviese como base de su separación religiosa un libro de oración. Los diferentes talentos religiosos se manifestaron así en el género de guía cristiana que propugnaron unos y otros. Las ideas, directamente difundidas, fueron el vehículo educador del continente; y la actitud religiosa práctica, fue la que adoptó el mundo anglosajón. Los anglicanos llevaron a sus últimas consecuencias el dicho tradicional que «la oración es la ley de la fe». Al revés de lo que ha sido entre nosotros: que la fe fue más bien la ley de la oración.

Hoy en el fondo ocurre lo mismo. Los grandes elucubradores se encuentran en Suiza y Alemania; y los teólogos, preocupados por los aspectos prácticos de la vida real cotidiana, están en Inglaterra.

Karl Barth ayer, Bultman, Tillich y Bonhoeffer hoy, son los profundos y graves teorizantes continentales que, a través de minorías influyentes, hacen impacto en el pueblo; y en cambio el Obispo Robinson —un teólogo de la vida— es el *líder* espiritual directo de la verde Albión, con su obra «Honrado con Dios», que ha sido un *best-seller* en pocos meses (un millón de ejemplares en dos años).

DN el cristianismo anglicano se dan variantes que todo el mundo conoce, y que conviven prácticamente sin dificultad. Desde la Alta Iglesia, que es la más parecida al catolicismo, sobre todo en su rama anglo-católica, que apenas se distingue de la Iglesia católica, salvo en no querer obedecer al Papa; hasta la Baja Iglesia, de influencia protestante clara, y que entiende los 39 Artículos de la fe en forma luterano-calvinista.

Los anglo-católicos llegan a usar profusión de imágenes, luces para el Santísimo Sacramento y los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola; y, en cambio, los anglicanos-evangélicos llegan a escandalizarse de la falta de comprensión que los teólogos anglo-católicos muestran por la Reforma protestante. En 1950 publicaron varios teólogos libres una réplica a la postura «catolizante». Publicaron un libro titulado «La catolicidad del protestantismo», escrito por una docena de esos teólogos. Libro que a un católico-romano debía servir de meditación, porque revelaría en nosotros, si somos sinceros, la misma incompreensión que tienen los anglo-católicos de ciertas doctrinas protestantes que falsamente caricaturizamos, llevados del afán polemizante que comenzó con la Contra-reforma.

Gracias a que, por fin, como señalaron algunos Obispos católicos en el Concilio, la fase histórica de lucha antiprotestante ha sido clausurada por el Vaticano II. Nuestra teología, de ahora en adelante, no será una teología contra el protestantismo; sino una verdadera teología católica, universal.

Así, y sólo así, venceremos no a nuestros adversarios, sino al mal de grupo, de *ghetto* cerrado, que anida en nosotros mismos, y que forma parte de ese egoísmo disfrazado de religión, que es la causa principal de nuestras separaciones religiosas.



para la
mujer
moderna
y elegante,

LOCION
Stingari

de perfume
fresco y
agradable,
complemento
indispensable
de
la feminidad.



LOCION
Stingari

Invisible Seducción
Femenina.

SEGURA · BARCELONA